

Primer Premio *ex aequo*

Juan Luis Rincón Ares

Y digo Paca...



Para Paula B., por acompañarme.

Para Kim, por su vida.



*Hemos de hablar algún día, las hijas de la ternura
y dolerá,
dolerá tanto como el eco de nuestras voces duele.
Porque nuestra voz se irá, pero el eco, ¡nunca más!*

Lía García. México

Me miré al espejo por última vez. Me había bebido la poca luz que entraba en mi casa, un partidito bajo con una diminuta ventana que apenas se asomaba a la calle Yerba. Mi rostro brillaba. Fulgor de rabia era. Hasta mis poquitas y pequeñas lágrimas parecían soltar destellos furiosos contra el viejo espejo. Me aprobé. Le gustaría a Miguel, seguro. Me había dejado el alma en cada puntada de aquel vestido rojo, y los últimos ahorros en el bolso, la barra de carmín y aquellos pendientes de aro, todo, todo, granate furioso.

Cuando daba la última vuelta a la llave –con cuidado de no rayarme el lacado, también rojo, de las uñas–, se entreabrió con misterio la puerta de Gloria, mi única

amiga y confidente en el patio. Desde allí me llegó su siseo. Su marido dormía aún la borrachera y no se atrevía a despertarlo:

—Curro, Currillo mío, te lo dije y te lo repito: te vas a buscar una ruina, pero... —sonrió pícara—... ¡¡estás espectacular, estás guapísima, Paca!! —y se perdió de nuevo en la oscuridad—.

Le mandé un beso que rebotó contra la puerta cerrada. Me acomodé los tirantes del sostén y luego los rizos de la peluca rubia que me caían sobre la frente. Mis tacones rompieron el silencio de la tarde en el patio y, a medida que avanzaba buscando el portón de la calle, encontré una a una las miradas inquisidoras del resto de las vecinas que ni siquiera se atrevieron a saludarme. Ignoraban mi plan, pero les asustaba mi audacia. Era Sábado Santo. ¡Cuánto miedo!, me compadecí a medias, recordando cuántos pellizquitos de dinero me debían en el patio, cuántos peinados gratis, cuántos vestidos les había fiado y mal cobrado...

Había recibido la carta hacía apenas unos días. Llevaba remite falso. Era el mismo desde el que me habían llegado las dos cartas anteriores. En el sobre nunca figuraba su letra. Miguel había muerto en la cárcel, me anunciaban escuetamente. Demasiadas palizas, demasiado frío, demasiada hambre. No me daban más detalles, no hacían falta. Tampoco tenía a quien llamar. Su hermana no me cogía el teléfono y su compañera... Los pocos contactos de “los rojos” que yo había conseguido aquí no sabían nada y tampoco tenía mucho interés en investigar para la tranquilidad de un marica que sí, les hacía favores, pero tampoco era muy de fiar, pensaba yo que cavilaban ellos.

Había conocido a Miguel en la cárcel de Córdoba. Él era de los *políticos*. Eran muchos y tenían una comuna donde lo ponían todo al servicio de todos. Hacían frente juntos a los *boqueras* y a los *picoletos* cuando entraban al patio o a hacer razias de venganza en las brigadas. Miguel era uno de los cabecillas y daba la cara por los demás. Se la partían casi siempre pero no aprendía ni reculaba.

Yo estaba ese primer día sola en el patio, confundida y desorientada. Era mi primera vez en la cárcel, aunque ya había pasado por los calabozos en varias ocasiones. Aún no sabía qué hacía allí, no recordaba las palabras del juez y llevaba la cara hinchada y amoratada. No sabía casi dónde estaba ni por cuánto tiempo ni nada. Una redada en un cabaret de Posadas y solo yo, la cantante, había sido enviada a prisión. Y entre el público había gente de poderes. Ni ropa, ni tabaco tenía. El mono de ganas de fumar me comía junto a los miedos y el dolor de los golpes. Todavía iba vestida con los pantalones de brillo y la blusa fina con la que cantaba “*Ojos verdes*”. Llevaba poco tiempo haciendo bolos como cupletista —y lo que saliera— fuera de mi pueblo. El resto de la compañía había salido por patas. “*Ven y tómalas en mis labios...*” era lo que estaba recitando cuando recibí el primer puñetazo en la boca. Perdí dos dientes, el sentido, y amanecí en un calabozo como primer paso hacia la cárcel.

Miguel, cuando me vio, se apartó de su grupo – siempre estaban juntos discutiendo de política– y me preguntó si estaba bien. Yo solo pude abrazarme a mí misma y echarme a llorar. No supe qué decirle ni él se atrevió a tocarme.

–*Espera aquí* –me ordenó Miguel con esa diligencia tan suya señalando uno de los bancos al sol que estaban en la parte baja del muro de la prisión–.

Corriendo, entró en la brigada –así llamaban al barracón donde mal dormían y hacían vida común los políticos– para salir al rato de allí con la misma urgencia y un petate lleno de ropa de abrigo.

–*Coge lo que necesites. Me llamo Miguel*– y me ofreció su mano izquierda, y con la otra, la que llevaba en cabestrillo desde la última paliza, un paquete de Ideales sin boquilla y una caja de cerillas casi completa.

Seguimos hablando. Nunca me supo mejor un cigarro. Desde el grupo de los políticos le llamaban insistentemente y me miraban con suspicacia. Cuando Miguel se despidió y se reincorporó a su grupo, creí oír cómo le reprendían. “*No son gente de fiar, camarada. Son basura pequeñoburguesa*”. Me habían llamado de todo en mi vida menos eso. Ni sabía lo que era.

Me lo explicó al día siguiente Miguel y yo me reí. Desde entonces, nos vimos casi cada día en el patio a pesar de la desconfianza del resto de “los políticos” y de las veladas amenazas de los funcionarios: “*No te compliques, Currillo: juntarte con los rojos no puede traerte nada bueno. Tú dedícate a “sonreírme”, a ayudar a la cocina y no te metas en más líos o no sales de aquí*” me comentó el mismo jefe de servicios que me obligaba a “*sonreírle*” en la parte sin cristales del economato.

Miguel siempre me llamó Paca, me explicó lo que era la “*pequeña burguesía*”, me pasó libros y me habló de su hermana y de su compañera, así llamaba a la Sole, que cumplía condena por lo mismo que él, en otra cárcel. Tenían una hija a la que no conocía. Sus ojos enrojecían cuando me hablaba de la niña o de su comportamiento –cobarde, confesaba él– en el cuartel de la Guardia Civil. Algunas veces hasta le vi limpiar una lagrimilla de dudas y desesperanza. “*¡Que no, Paca, que los hombres no lloran, que suerte tienes tú!*” me decía entonces disimulando y escondiendo el rostro de la fiscalización de sus compañeros. Yo, que me hubiera bebido sus lágrimas, no podía ni tocarle la cara para secársela.

En un año que pasamos juntos, en la misma cárcel, solo me besó una vez en los labios delante de todos sus camaradas. Fue la tarde antes de que me llevaran en conducción a la prisión de Huelva, la “cárcel de los maricones activos”. No fue ese beso, ni bastó, ni me hizo falta. Me había enamorado mucho antes, de poquito a poquito, en el patio. De sus lágrimas, sus dudas, sus sueños y sus palabras. Del hombre que crecía dentro de él, pero que no le dejaban ser. Aquella tarde lloró, yo lo sé o me lo imagino, pero sólo me dijo “*¡Adiós, Currilla mía!*” y se me clavó, aún más, en el

corazón. Yo sólo me había sentido completa y segura estando a su lado en el patio, en el mismo banco en el que nos sentábamos desde el primer día. A pesar de parecer un auténtico adefesio con los moratones y mis dientes rotos, con el pelo rapado una y otra vez como castigo, a pesar de aquellos pantalones carcelarios de pana y de los jerséis de lana gordos, yo debía soportar el acoso de los presos comunes en forma de pellizcos, manoseos, piropos, etcétera. Una vez, me libré de una violación “de castigo” porque aparecieron dos de los compañeros de Miguel en la despensa cuando me rodeaba un grupo de presos y funcionarios y el resto de los habitantes de la prisión había desaparecido “casualmente”.

—*Sé que eres una mujer, me lo cuentan tu voz y tus ojos*— me había dicho Miguel a la tercera o cuarta que nos vimos.

En los cinco años que pasaron desde que me pusieron en libertad, no me atreví nunca a ir a verlo. Él pasó por Carabanchel y La Modelo, pero no llegó al penal del Puerto, como yo temía y esperaba. Me escribió alguna carta y yo también lo intentaba, pero no sabía expresar con palabras de tinta lo que me decía el corazón. Esto de aprender a escribir más o menos bien fue cosa de la Susi y sus cartas, y me vino mucho después de aquellos años. Miguel me contestaba cortés y amable desde remites desconocidos. Desde la cárcel hubiera sido comprometido para mí, así que usaba sus canales más escondidos. En las cartas, me informaba de sus “*cambios de destino*” y me pedía algún favor pequeño relacionado con Sole, su novia presa en Yeserías, o con los asuntos clandestinos de sus camaradas en la calle. Nunca repitió confesiones como las de sus conversaciones en el banco de la prisión. No hubo más confidencias de Miguel sobre su incierta relación futura con Sole, o las dudas y las fortalezas de su militancia clandestina; tampoco yo pude contarle nunca de los suspiros que me nacían del pecho cuando lo veía o volver a hablarle de aquellos deseos, igual de clandestinos, igual de perseguidos, que los que había tenido desde niña, cuando todos me llamaban Paquito o Currillo.

Seguí bajando la calle Ganao. Mis tacones parecían repicar a llamada sobre los adoquines gastados.

—*Arza, Curro, ¿Ónde vas con esa pinta, maricon?*— me soltó el Quirós, el guarda campos borrachín, asomando el sombrero y la nariz desde el refidero de gallos. Aún llevaba la escopeta al hombro y una sarta de pajaritos muertos colgados del cinturón.

A su reclamo, salieron de la tasca casi todos los parroquianos que me rodearon y me hicieron de escolta burlesca hasta casi dos calles más abajo. Llevaban las “chicas” de vino en la mano y alguno apenas podía caminar derecho.

—*Pues como te cojan los civiles, te comes el bolso y los tacones, Paquito.*

—*O te los meten por el culo, que es lo que tú buscas.*

Cuando se dieron cuenta que no iba a contestarles y que seguía adelante decidida, cuando repararon en que el regreso al bar sería cuesta arriba, fueron desertando uno a uno de la comitiva sin dejar de insultarme a gritos desde la distancia:

—¡¡Bujarrón!! ¡¡Parguela!!!

Aproveché la “tranquilidad” para recomponer el ánimo y me detuve un momento en la puerta de la casa de mi familia. Apenas vivían allí mi padre, ya mayor, y mi hermana Mercedes, la madre de mi sobrino Tinín, que desde que enviudó se encargaba de cuidarlo. Ninguno de los dos me saludaba en público. Con el escándalo de los borrachos se habían asomado discretamente por la ventana. A Tinín, mi niño del alma, que aún me llamaba tita Paca, no lo dejaron ni asomarse.

Había vivido muchas temporadas en mi casa. Una vez, el niño se llevó unos pendientes de los que tenía yo escondidos para mis bolos semiclandestinos y se los colocó por hacer una gracieta delante de su abuelo. Además de las bofetadas, desde entonces le prohibieron ir a verme no se fuera a contagiar más de... Pobre Tinín, él siempre me vio como su tía, como una mujer, y no entendió nunca lo que le explicaban su madre y su abuelo. Lloraba y se escapaba a mi casa. A mí, se me partía el corazón cuando tenía que llevarlo a rastras de vuelta hasta la casa de su abuelo, llamar al portón y dejarlo solito en la casapuerta.

A pesar de todo, los saludé con un beso volandero mientras aprovechaba la parada para volver a pintarme los labios de rojo. Algo me hizo sonreír de nuevo. En las grandes losas de pizarra negra de la casapuerta encontré el grabado que hice con el cincel de mi padre cuando apenas había cumplido ocho años. Mi padre, albañil, trocó el orgullo de verme trabajar con su mísera herramienta, por la ira más cruel cuando vio el contenido de la obra. Esculpí *P-A-C-A* con las letras que acababa de aprender en la precaria escuela del Hospitalito. Mientras soportaba la enésima paliza de mi padre con la correa, supe que todo empezaba a tener sentido por primera vez, que ya nunca más podría ser Currito o Currillo o Paquito.

Aunque me llovieran hostias, siempre había sabido que era una niña, que lo que me colgaba en la entrepierna y me servía para mear era un accidente, una equivocación absurda de la naturaleza, y que yo era Paca, era una niña, y que, por eso, robaba y escondía los vestiditos nuevos que mis hermanas debían estrenar el Domingo de Ramos y me veía ridícula con esos pantalones cortos tan impropios. Las broncas y los castigos eran cada vez mayores, y las bofetadas más frecuentes y dolorosas cuando me creía sola en la casa y me ponía las bragas o los pendientes de aro de mis hermanas o usaba sus precarias pinturas. Siempre lo había sabido, pero tuve que ver mi nombre escrito para anunciarlo en el patio, en la calle y la escuela a pesar de los golpes y los castigos. Pasar cada día tres o cuatro veces por encima de

P-A-G-A, aquella primitiva inscripción en la piedra, era un refuerzo en mi identidad, un amanecer de mi voluntad.

Siempre recordaré con sonrisas la paciencia que nos tuvimos entre Miguel y yo. Por cada concepto de marxismo o de política que él se empeñaba en explicarme, y fueron muchos, —*el fascismo en España, Franco y sus generales, la guerra revolucionaria, el lumpen proletariado, la revolución social, la vanguardia obrera, la democracia burguesa...*—, yo le correspondía regalándole “cosas de las mías”: por ejemplo, que no era lo mismo ser que elegir o las diferencias entre un hombre que se enamora de otros hombres, y una mujer, como yo, que había nacido en un cuerpo de hombre y que me puedo enamorar de unos y de otras indistintamente. “*Hay gente pa’ tó*”, le decía yo entre risas y le ganaba la discusión. Mis palabras eran más simples que las de Miguel, pero mi vida, en esos terrenos, había sido más rica y diversa para bien y para mal. Las costuras marxistas y estrechas de él parecían menos receptivas que las mías y, a veces, parecía que iban a reventar. Cuando Miguel intentaba trasladar algún pensamiento de estos a sus compañeros de comuna, era criticado con dureza. A pesar de que siempre quería llevar la razón y la voz cantante en todo, cuando hablaban de esos temas, Miguel debía abandonar la pugna dialéctica en la mayoría de los casos. Sólo la persistencia en la intuición que tuvo al segundo día y que le llevó a decirme lo de “*Sé que eres una mujer...*” pasando por encima de un montón de años de esquemas mentales demasiado severos, le servía de asidero en esos casos. En el otro lado del banco de la cárcel, la dialéctica materialista a mí nunca me caló del todo, pero en las palabras y en las ilusiones de Miguel encontré respiros a mi vida de mentiras y prometí ayudarles en lo que pudiera.

Enredada en recuerdos, continuaba mi marcha rápida hacia el centro. La primavera alargaba las tardes y el aire aliviaba penas de puro cálido y fragante. Era catorce de abril. ¡Qué ironía! La Susi, que había huido a Francia harta de todo, me había contado que, en París, el año anterior, los estudiantes habían levantado los adoquines de las calles y que, durante unos días de mayo, se habían amado en libertad en las plazas, sin pudor alguno. ¡*Vente aquí, Paquita, no te lo pienses!* me había insistido en una de sus llamadas al teléfono del bar de la esquina.

Pensé en ella mientras me sumergía en los alrededores de la Plaza de Abastos que estaban repletos de familias que, con sus pobres y mejores galas, buscaban la procesión que tocaba más por obligación que por devoción. Con el miedo en las miradas, agarraban a sus criaturas al ver cómo me acercaba y se apartaban para dejarme paso. De vez en cuando, algún grupito de jóvenes se atrevía a interpelarme con groserías, pero yo ya sabía controlarlos con la mirada.

Apenas con su edad, mi padre ya me había dado un ultimátum —“*¡No quiero maricones en mi casa así que o te quitas o...!*”— y lo había cumplido a la primera. Con quince años y una voluntad de hierro, me vi en la calle llorando mucho y durmiendo

poco hasta que, casi sin buscarlo, me rescató el calor —la sororidad, me enseñó a decir la Susi— de otras mujeres como ella. Difícil tarea: la mayoría cubría con arte sus anhelos y sus sueños y bastante tenían con sobrevivir. Las mariquitas del Puerto, las llamaban. Con ellas aprendí a coser, a peinar, a disimular cuando era preciso y hasta a cantar bajito. Vendí números para rifas clandestinas, canté en los locales más escondidos de la provincia y, cuando no pude más, alquilé caricias y besos falsos a gente que luego me escupiría en público.

Casi anochecía cuando llegué a la esquina de San Bartolomé. La gente se agolpaba temerosa, respetuosa y devota en las aceras. Cuando me acerqué, se abrió una grieta en la multitud. No supe cómo, pero me encontré clavada e inmóvil en el centro de la calle Palacios. La procesión del Santo Entierro y la Virgen de la Soledad acababa de salir de la Iglesia Mayor y desfilaba sin banda de música. Al fondo, veía venir lenta y pesada la cruz de guía y el palio de cabecera con las autoridades civiles y militares, la guardia civil y el resto de prebostes locales. El silencio era absoluto. Yo seguía paralizada. Cuando faltaban unos metros para que llegaran a mi altura, un guardia civil me vio, abandonó indignado la formación y me espetó: “¿Qué haces ahí, peazo de mariconas? ¡Quítate de en medio o...” y echó la mano a la pistola. La gente, aterrorizada, empezó a escapar. Algunos gritaban.

Yo había salido de casa para ponerme detrás de la Virgen de la Soledad que venía en la retaguardia del féretro dorado y de toda “la parafernalia fascista y sacra”. Rezarle y llorarle por mi Miguel, por mi Tinín, por mí misma. Coserme y vestirme aquel traje rojo parecía indicar otra cosa, pero fue un impulso de los míos que no supe explicarle a mi vecina ni a mí misma.

O sí. Estaba cansada de años y años de vestir de Paco. La virgen lo entendería. Miguel también. Lo de la *parafernalia fascista y sacra* me lo había explicado él y el recuerdo de su martirio en la cárcel me volvió a hervir la sangre.

Al ver la escena y entender el desafío de mi traje rojo y mis pinturas, desde la cabeza del desfile algunos rompieron el silencio con gritos de ¡Fuera de ahí, mariconas!, ¡Arriba España! y ¡Viva Franco! Yo, aterrorizada, me olvidé de rezar y los vi venir —curas, militares, guardias, falangistas...— en avalancha detrás del energúmeno de la pistola. La procesión se había detenido. No pensé en huir. Tampoco habría podido. La rabia me había abandonado. La conciencia, no. Les mantuve la mirada y, lentamente, levanté el puño. ¡Muera Franco! grité por primera vez, por los correazos recibidos, por mi infancia robada y por mis amigas huidas o escondidas. ¡Muera Franco! grité por segunda vez pensando en las lágrimas de mi sobrino Tinín, en Miguel, en sus sueños, sus palabras y en los besos que ya no podría darle. ¡Muera Franco...! grité antes que un culatazo me rompiera, de nuevo, los dientes y mi mundo se volviera aún más oscuro.

Y digo ¡Paca!, una mujer trans y de orígenes pobres
que paró una procesión en El Puerto de Santa María
bajo el grito “¡Muera Franco!”.

Kim Pérez (1941-2025)

Firu Letes